

**Después de ducharse, llamó al móvil de su abogado y compañero de pádel.**

—Hola Fernando.

—Tengo que verte inmediatamente, José María.

—Va a ser complicado porque estoy en Denia.

—¿Qué cojones haces tú en Denia, estás loco o qué te pasa?

El letrado debió contar hasta diez o más, porque tardó en contestar.

—Ya te dije el otro día que me iba a coger un par de días, que necesitaba descansar; nos hemos venido esta mañana y volvemos el martes.

—¿El martes, el martes, el martes, por qué no el año que viene, joder? El martes puedo estar ya entre rejas.

—¿Pero qué te pasa?

Juan Ignacio Montiano

Le contó detalladamente todo lo ocurrido, sin ocultarle nada.

—¡Vaya marrón Fernando! Ya sabes que yo me dedico al derecho fiscal y que en este caso poco te puedo ayudar, pero dame un par de horas y te buscaré el mejor abogado penalista de Madrid.

—Sí, por favor.

**Eran las ocho de la tarde.** Tenía media hora para llegar a casa de su novia. Primero pensó en buscar una excusa para no ir, al final desistió, era mejor continuar con la vida normal, intentando pensar que no pasaba nada. Se vistió y pidió un taxi.

Berta López había preparado una ensalada de gulas y entrecot; un crianza de la Rioja alavesa y helado de postre.

Vivía cerca del aeropuerto de Barajas, en la calle Riaño, en un piso de alquiler desde el que se veía el continuo trasiego de aviones. Era una mujer espléndida, de una belleza deslumbrante, y muy lista, para romper el tópico. Nada más abrir la puerta y verle la cara supo que le pasaba algo, algo gordo.

—¿Qué te pasa? ¡Qué cara traes! Parece que hubieses visto al mismísimo diablo.

Juan Ignacio Montiano

—Más o menos.

Se besaron en los labios, pero de una forma breve y algo fría, no por ella sino por él. Fue directamente a la cocina y sacó un refresco de limón del frigorífico. Casi se lo bebió de un trago.

—¿Has estado jugando al pádel o qué, que tienes tanta sed?

—No que va, no sé.

Cenaron casi sin hablarse. Como siempre, Fernando no probó el vino, ella se tomó dos copas.

—¿No me vas a decir lo que te pasa?

—No es nada. Estoy un poco agobiado por el trabajo y por lo del programa ese de Tele Mil, y esas cosas, pero nada serio.

Ella puso música y se sentaron juntos en un sofá. Le pasó el brazo por los hombros y le besó en el cuello, dejándole la marca del carmín.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—Nada, me he rozado con la puerta de uno de los armarios altos de la cocina, una nadería.

Entonces le sonó el móvil. Era José María Torres, su abogado. Se levantó y se alejó de Berta, no quería que oyese la conversación y ella se dio cuenta. Le dijo que le había conseguido una cita con un prestigioso abogado; parece ser

que le debía algún favor. Tenía que aportar los contratos que tuviera con el grupo al que pertenecía la emisora de radio. Dada la gravedad del asunto le recibiría al día siguiente, aunque fuese sábado, a las nueve. Apuntó la dirección del bufete y el número de teléfono de Miguel Bombier, abogado penalista.

—¿No será de origen francés? —le preguntó Fernando—.

—No sé, ¿por qué me lo preguntas?

—Es que los franceses y los catalanes...

—¿Qué?

—Nada, cosas mías.

Volvió al sofá, donde Berta le esperaba llena de deseo. Tenían una relación un poco especial, pues para ser jóvenes y guapos, apenas si hacían el amor. Se veían una vez a la semana o cada quince días con esa intención, aunque salir juntos y dejarse ver por las fiestas, lo hacían con muchísima más frecuencia, pero luego cada uno se iba a su casa. Era como si hubiesen hecho un pacto tácito por el cual sabían que el que les vieran juntos les beneficiaba a los dos. De cualquier forma, cuando hacían el amor, lo hacían de forma adecuada, poniendo la pasión suficiente y se lo pasaban bien los

Juan Ignacio Montiano

dos, pero luego, como que no se echaban mucho de menos. Cuando se hubo sentado, ella se le aproximó, le besó los labios y le metió la lengua como si tuviese intención de hacerle una amigdalectomía o, en su defecto, tomarle una muestra del paladar para analizarle el ADN. Mierda, no podía dejar de pensar en el embrollo en el que se había metido.

Su novia lo intentó, vaya que si lo intentó y cómo lo intentó. Cualquier heterosexual con una semana de abstinencia se hubiera corrido en los prolegómenos con aquella mujer, pero Fernando tenía inhibida la libido en un punto situado en el cerebro, cerca del remordimiento. Así que Berta estuvo durante más de media hora intentando conseguir reanimar a un ser comatoso, sin ningún éxito. Era el primer gatillazo que tenía con ella. Como era una tía lista, en vez del consabido no te preocupes, no pasa nada, lo importante es el amor y el cariño, le dijo:

—Anda, guapo, vete a casa y cuando quieras me cuentas lo que te pasa.

Y se fue a casa, con un sentimiento de culpa galopante, abochornado por la flojera de su miembro y acojonado por lo que le podía

*Todo vale*

pasar en un futuro nada lejano. Se metió en la cama y apagó la luz sabiendo que iba a dormir una mierda.